

ciones en un ámbito donde la cultura está por hacer. En este sentido no es posible cerrar los ojos ante las coincidencias de fondo que existen, en el contexto de la literatura iberoamericana, entre Sábato, Onetti, Roa Bastos y Fuentes. A este grupo cabría agregar también los nombres de Cortázar y Donoso, sin dejar de valorar otro tipo de semejanzas: en todos ellos palpita una preocupación por la conciencia del individuo, cuya referencia más próxima la encontramos en las transformaciones intelectuales existencialistas. Las variaciones se encauzan por la vía de lo formal, en cambio, manteniéndose esa comunión crítica que les hermana a pesar de la distancia y otros factores externos al mundo de la creación literaria.

Esto no significa que la narrativa hispanoamericana se convierta por propia voluntad en un apéndice de las tribulaciones artísticas de la vanguardia europea. Si algún sentimiento predomina en el trabajo de los escritores mencionados, como en la mayoría de los autores del continente, ése es el de la independencia.

Las frecuentes escaramuzas entre diferentes interpretaciones de la literatura no han conseguido enturbiar este panorama. Las excepciones, aparentes en la mayor parte de los casos, que venían a establecer la ruta a seguir por los demás, completaron a la larga la caracterización profunda de este movimiento. En unos casos alrededor de la figura de Borges, como patriarca de las letras argentinas —sobre el que llovían los reproches por su presunto distanciamiento de la realidad de su país—, y en otros en la voz agresiva de García Márquez y Vargas Llosa, que con los años habrían de reconocer que algunas de sus actitudes fueron equivocadas.

Pero sucede lo contrario: un enriquecimiento de las perspectivas «nacionales» de cada país y una definición más en consonancia con los conflictos modernos del ser humano, allá donde se encuentre. Es por ello que se produce una clara diferenciación, dentro de la literatura argentina, entre la línea narrativa que propugnan escritores como Mujica Láinez o Bioy Casares en este período de renacimiento cultural múltiple y la mantenida por Sábato o Cortázar, dentro y fuera de este contexto. A estos elementos ha de añadirse, además, otro tipo de posiciones que se aferran a los rasgos «nacionales» de la cultura: hay, por parte de algunas formaciones intelectuales, una convicción en que la cultura ha de crearse congruentemente con las señas de identidad de un pueblo, hacia una especificación que toma sus razones de las circunstancias políticas y morales que atraviesa ese mismo pueblo. Ernesto Sábato, por tanto, se encuentra con una polémica que le concierne no sólo como ciudadano, sino además como escritor.

Si este enfrentamiento lo apreciamos de forma latente en la confesión del pintor Juan Pablo Castel, al mismo tiempo que elabora su relato, *El túnel*, las variaciones de Sábato aumentan respecto de sí mismo al participar como personaje frente a Bruno, en *Abaddón, el exterminador*. Pero sin modificar en lo sustancial esa lejanía de posiciones que con los años han abandonado sus propios defensores. Y esto afecta muy en concreto a ese empecinamiento nacionalista que ocultaba el horizonte de la creación en relación con el resto del mundo. En este aspecto Sábato ha captado la dimensión universal de los conflictos humanos que estimularon sus dudas antes y después de la segunda guerra mundial. Semejante evolución la encontramos en autores germanos, franceses, italianos y norteamericanos. En España, ese rechazo de la plasmación realista, social o nacional, tardaría en producirse en cuanto la literatura, la poesía o el arte atravesaran un período de caos que reafirma la condición de lo hispano como sujeto ahistórico, tal como el propio Sábato expresará en *Hombres y engranajes*. Por otro lado, en España, toda manifestación artística se traduce, una vez producida, en un arma arrojada dirigida contra la situación, sin olvidar que la mayor parte de la intelectualidad se encuentra en la posguerra del mundo, errante en el exilio.

Los autores hispanoamericanos que, como Sábato, renuncian a limitaciones que restringen la mirada del ser humano ante la realidad, en cierto modo por haber sufrido en la práctica las consecuencias de tal proceder—no olvidemos que la adscripción de Sábato a la Juventud Comunista deja en él una decepción imborrable—, responden a las acusaciones con su trabajo. Ernesto Sábato, en concreto, no puede impartir clases de física en la Universidad argentina por motivos políticos, lo cual le permite dedicarse a escribir, huir de las trampas polémicas y reflexionar.

De todos los elementos antes reseñados será fruto *Uno y el universo*, donde se halla presente esa dicotomía irresoluble en el campo teórico de la vocación localista o universal de la tarea del escritor. Sin embargo, existe otro factor fundamental para captar hacia dónde se encamina el pensador que se expresa en Sábato mediante la literatura: el ser humano.

No cabe duda de que Sábato no soslaya en ninguno de los párrafos de su obra la discusión. Pero ha de producirse abiertamente, y las reacciones de sus adversarios—en casos, simple y hueco silencio—le reconocen la razón que le asiste cuando propugna originalidad subordinando aquello que parece el núcleo de la disputa al auténtico centro de la cuestión: la conciencia del individuo en el seno del mundo. A pesar de la elaboración rigurosa de sus trabajos, cabría indicar

que no se trata de una conducta que responda a una elección deliberada, sino a una concepción natural de los problemas. Ocurre igual cuando se analizan aspectos muy marcados en la narrativa de Onetti, Borges o Cortázar: aquello que aparece como el resultado de largas temporadas de meditación es, en verdad, el fruto de una interpretación natural, que surge con gran violencia de la interioridad viviente del autor.

Porque de esto se trata: no puede hablarse en Sábato de una disparidad entre lo vivido y lo que se encuentra en su obra, porque tales extremos se corresponden con lo experimentado, que los funde en la expresión. Tampoco puede afirmarse que en Sábato se realice un proceso de identificación entre sus ensayos y sus novelas, mediante el cual el escritor acerca a los demás, problemas y pensamientos que de otro modo no llegarían a ser entendidos, ya que las formas modelan en cada ocasión el sentido de distintos ejercicios intelectuales llevados a cabo por el hombre... Sábato no articula su reflexión a través de las formas, sino que éstas se relacionan con lo que pretende decir. Para Sábato, en consecuencia, cada proyecto tiene su lenguaje y un curso concreto.

La causa esencial de esto nos conduce de nuevo a la literatura y, por tanto, a la vida. La realidad plantea el destino del ser humano en términos lúgubres, a los que es preciso contestar con una actitud que cristalice en actos y no sólo en palabras. En este punto tiene un valor trascendental una de las aseveraciones autobiográficas de Jean-Paul Sartre: «las palabras son actos», puesto que la literatura ha dejado de ser para la sociedad un testimonio aséptico o aproximado del mundo, y tiende a conjugar pensamientos y hechos en esa *traducción* que ejecuta el escritor con una voluntad transformadora. De este modo el ser humano apela a su interioridad para proyectarse en la realidad, en el universo. ¿Cuál es la distancia que media entre ambos puntos? Tal como teme Sábato y reiteran sus personajes, un abismo.

Cada vez es más profunda la relación entre la reflexión del escritor Sábato y los temas discutidos por la filosofía europea, que empapan otras formas de expresión. También es conveniente advertir que la filosofía pura retrocede ante el empuje combinatorio que arranca de la vanguardia, cultivando el ensayo y la novela o el teatro indistintamente.

La conciencia del ser humano se subleva contra los determinismos que pretende imponerle su entorno. La conciencia de esta situación representa la esperanza en el seno de la confusión, del tiempo que arrastra a la vez la tendencia innata del poder al autoritarismo, y la eterna lucha del conocimiento en la sociedad moderna. Para Sábato,